

Nuestro tiempo

GEOGRAFIA E HISTORIA DEL CONTINENTE AMERICANO

(NOTAS PARA UNA VISIÓN DEL «INTERAMERICANISMO»)

En más de una ocasión ha expuesto André Siegfried sus puntos de vista sobre América. El Canadá y los Estados Unidos han sido objeto de especial estudio. Pero, por extensión, se ha ocupado de toda América. El fué uno de los primeros (1) en valorar las semejanzas geográficas del continente americano. Pero, posteriormente, en estos mismos CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (2) ha expuesto, de nuevo, sus opiniones en lo que a América respecta. Parte de la base, a nuestro juicio exacta, de que existen personalidades continentales de la misma forma que existen personalidades nacionales (3), y eso es lo que pretende: buscar la personalidad del continente americano. Para ello traza dos ejes: uno de norte a sur y otro de oeste a este.

«Geográficamente, las dos secciones del continente (norte y sur) son de la misma familia. Hay correspondencia entre ambas regiones. Esta profunda semejanza del norte con el sur es el origen del Panamericanismo... En lo específico, la Geografía une.» «Pero si la Geografía une—sigue Siegfried en el citado artículo—, la Historia separa. Hay en el norte una civilización anglosajona y protestante y en el sur una civilización latina y católica. El eje no es ya un eje norte-sur, sino un eje este-oeste, y este eje expresa la influencia persistente de Europa sobre América. En el norte la influencia es inglesa. En el sur, española. La Historia separa a los anglosajones de los latinos, a los protestantes de los católicos.»

¿En qué medida van a actuar estos dos ejes y cuál tendrá más fuerza a la larga? ¿Cuál de los dos será más poderoso?, se pregunta el académico francés. El mismo se responde y obtiene consecuencias: si el eje geográfico triunfa, el Panamericanismo será una realidad. Si es la Historia la que se impone, Europa permanecerá siempre presente en América. Me inclino a creer, concluye, que a la larga vencerá el factor geográfico.

(1) ANDRÉ SIEGFRIED: *Amerique Latine*, ed. Colin, París, 1934.

(2) ANDRÉ SIEGFRIED: *Panorama del Continente Americano*, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 15, mayo-junio 1950, págs. 497-508.

(3) Insiste también en esta idea en la pág. 17 de su *Panorama de los Estados Unidos*, Aguilar, S. A., Madrid, 1956.

Muchos hispanoamericanos se lamentan, con razón, de que para algunos escritores norteamericanos, e incluso para algunos extra-americanos, la historia hispanoamericana «sea» Geografía, de que «sea» Geografía el derecho y de que Geografía «sea» el arte hispanoamericano. De aquí que «exista una especie de duelo intelectual de espléndidas características entre los geógrafos profesionales yanquis y los historiadores de Hispanoamérica» (4). Es curioso anotar cómo andando el tiempo encontramos la confirmación de algún punto de vista expuesto anteriormente por nosotros. En cierta ocasión hablamos de la existencia de «pueblos de geografía» y «pueblos de historia» y tomábamos el norte y el sur del continente americano como botón de muestra. Afirmamos entonces que la Geografía era la base del Panamericanismo y la Historia la base del Hispanoamericanismo (5). Con ello quisimos expresar que el aglutinante o, tal vez, la razón de ser del Panamericanismo debía buscarse en la Geografía (tierra y mar). Por el contrario, insistíamos en el hecho de que era la Historia el punto de conexión del movimiento hispanoamericanista. Es decir, en el primero valorábamos el elemento geográfico; en el segundo considerábamos el substratum histórico. Sin embargo, en estos momentos, después de apreciar la evolución sufrida por el continente americano, concretamente después de los resultados obtenidos en la IX Conferencia Internacional Americana (Bogotá, 1948), ¿pueden mantenerse con rigor estos puntos de vista personales? Por otra parte, las conclusiones obtenidas por Siegfried ¿pueden considerarse válidas dentro del marco actual del continente americano?

Veamos: decir que la base del Panamericanismo es la Geografía y que la base del Hispanoamericanismo es la Historia es que-

(4) Cf. Tesis doctoral de EDMUNDO MEOUCHI: *La intervención en América*, Universidad de Madrid, 1956.

(5) Nótese que no hablamos de «Angloamericanismo», porque creemos que como tal nunca ha existido. Quizá a finales del siglo XIX hayan existido movimientos que tuvieran por objeto destacar la fuerza de la raza anglosajona (Cf. CARLOS DÁVILA: *Nosotros, los de las Américas*, Editorial del Pacífico, S. A., Santiago de Chile, 1950, págs. 168-170), pero ello no permite hablar con propiedad de «Angloamericanismo» con un sentido análogo al que nosotros damos a los otros dos términos. Lo que, por otra parte, es normal, dado el especial desarrollo sufrido por las «Trece Colonias». Por eso, a pesar de lo que parece pudiera deducirse de la posición de SIEGFRIED—influencia española en el sur e inglesa en el norte—, no creemos que en América pueda hablarse de un «Hispanoamericanismo» y de un «Angloamericanismo», sino de un «Hispanoamericanismo» y de un «Panamericanismo». El primero, englobando con ideales de unión los antiguos territorios españoles. El segundo, queriendo anar los esfuerzos de todas las naciones situadas en el continente americano y bañadas por los Océanos Atlántico y Pacífico.

darse corto, supone no dar una interpretación exacta del continente americano, porque lo importante es la consideración del continente americano como un todo. Querer vertebrar un continente como el americano por un solo eje nos llevaría a una configuración miope de su realidad. En un sistema de coordenadas—dos ejes que se cruzan—cada aspecto tiene una representación exacta y un valor determinado.

Se ha dicho que existen personalidades continentales de la misma forma que existen personalidades nacionales. Pues bien, nosotros añadiríamos algo más: que existen personalidades nacionales lo mismo que existen personalidades individuales, y permítaseme la expresión. Ha habido unos años en que el movimiento historicista se presentó con carácter arrollador y unilateral, y Ortega y Gasset no pudo sustraerse a esta influencia cuando afirmó «que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia» (6). Pero ha sido Xavier Zubiri quien, como en tantos otros problemas, ha puesto las cosas en su punto: «Las potencias humanas tienen en su propia naturaleza una estructura tal que su actuación exige e implica el recurso a posibilidades. La misma realidad, que es Naturaleza, es también Historia. Pero aquello por lo que es Naturaleza no es lo mismo que aquello por lo que es Historia. De aquí la interna articulación entre Naturaleza e Historia. El hombre está allende la Naturaleza y la Historia. Es una persona que hace su vida con su naturaleza. Y con su vida hace también su historia. Pero si el hombre está allende la Historia, la Naturaleza está aquende la Historia. Entre su naturaleza y su existencia personal, el hombre traza la trayectoria de su vida y de su historia» (7).

Apliquemos el pensamiento zubiriano a nuestro problema. Al pasar de una concepción individual a una continental, la Naturaleza se convierte en Geografía. De modo que, aplicado al continente americano, podríamos decir, parafraseando al filósofo español, que la misma realidad (América) que es Geografía es también Historia. Pero aquello por lo que es Geografía no es lo mismo que aquello por lo que es Historia. De ahí que la interna articulación entre Geografía (Panamericanismo) e Historia (Hispanoamericanismo) tenga para nosotros una expresión clara en el Interamericanismo.

El mismo enfoque podría aplicarse a la tesis de Siegfried:

(6) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Historia como sistema*, Obras Completas, tomo VI, Madrid, 1947, pág. 41.

(7) XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, Historia, Dios*, 3.ª ed., Editora Nacional, Madrid, 1955, pág. 293.

América hace su vida con su geografía y con su vivir cotidiano, es decir, con su vida hace también su Historia. Por eso, Geografía e Historia se articulan. Si el hombre tiene una naturaleza y se hace su historia, el continente americano se ha encontrado con su geografía «ahí», con la que tiene que contar, pero al contar «con» ella va haciendo su propia historia. Visto de otro modo, serían exageradas las deducciones que se sacarían de la tesis del autor francés: si triunfase el eje norte-sur, ¿es que ello significaría que América fuera a prescindir de su historia?; y el que triunfase el eje este-oeste, ¿iba a llevar implícita la pérdida de la realidad geopolítica? La Geografía y la Historia sólo se oponen en la medida en que están opuestas las caras de una misma moneda. Por lo demás, se complementan, porque una moneda, para existir, necesita de ambas caras. O existen juntas, o juntas desaparecen.

Pretender enfrentar dos aspectos—la Geografía del Panamericanismo y la Historia del Hispanoamericanismo, según nuestro ya antiguo punto de vista, y la existencia de dos ejes irreconciliables, de los cuales uno ha de vencer, según la tesis Siegfried, no conduce a buen camino. No somos partidarios del «saltum» kierkegaardiano: o una cosa u otra parece ser la disyuntiva que presenta el autor francés, recordándonos el título de una obra del filósofo danés: «O esto o lo otro.» Kierkegaard aparece caracterizado en la historia del pensamiento como el anti-Hegel, y uno de los puntos de su polémica hace referencia al problema que nosotros tenemos planteado: a la mediación o síntesis hegeliana.

Nosotros, sin perjuicio de ulteriores matices, preferiríamos adoptar el sistema de la lógica hegeliana, de estructura ternaria, en la que a la tesis se opone la antítesis y las dos encuentran su unidad en la síntesis. Pero es preciso tener en cuenta que la síntesis no es una mera conciliación, sino que en ella se encuentran conservadas y superadas la tesis y la antítesis. Para nosotros la tesis es el Hispanoamericanismo, la antítesis el Panamericanismo, la síntesis vendría dada por el Interamericanismo.

Creemos honradamente que ésta es una realidad con la que hay que enfrentarse. La disparidad de las Américas es algo suficientemente demostrado. El título de la obra de Barreda Laos, «Dos Américas, dos mundos», lo creemos significativo (8). Ycaza Tigerino ha visto con claridad la antítesis del Panamericanismo con respecto al

(8) FELIPE BARREDA LAOS: *Dos Américas, dos mundos*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1952.

Hispanoamericanismo: «el Panamericanismo, dice, representa una desviación política y cultural de sentido histórico que puede y debe tener esa continentalidad americana que como factor geopolítico está jugando un papel importante en la historia del mundo y de la que no es posible prescindir para la reconstrucción política de nuestra unidad hispánica, como para el desarrollo de nuestra personalidad cultural hispanoamericana» (9).

Nos parece exacto el juicio del nicaragüense. Que el Panamericanismo—tal como es—no nos haya atraído, es una cosa, pero que pueda prescindirse de él, es otra. Ha de tenerse presente, pero consolidando al mismo tiempo el punto de vista hispanoamericano, y justo en este proceso de lucha y consolidación, empezaremos a entrever las posibilidades de la unión, de la síntesis, de esa «transculturación» a que se refiere Luis Alberto Sánchez. Queremos insistir en las palabras citadas de Ycaza cuando sostiene que no puede prescindirse del sentido histórico que puede y debe tener el factor geopolítico de la continentalidad americana y que lo que pasa es que el Panamericanismo constituye una desviación política y cultural. Sobre el primer punto abundamos en la opinión de Ycaza. Sobre el segundo: ¿en qué consiste la desviación del Panamericanismo?

Como dice Moreno Quintana (10), «el Panamericanismo, sociológicamente, envuelve la idea de uno de tantos «panismos» de tendencia unionista que responde a la corriente de fines del siglo XIX». En cierto sentido quería expresar la idea correspondiente a un Panarabismo, un Paneslavismo o un Paneuropeísmo, pero lo expresó muy deficientemente, ya que si toda idea «panista» lleva implícita un ideal de unión, el Panamericanismo carecía de ideal y fué una simple adaptación real de la manera de actuar en política exterior de una nación americana en base de una doctrina unilateral expuesta por un Presidente de los Estados Unidos.

Muchos escritores hispanoamericanos han aborrecido el Panamericanismo, y ello débese, en parte, a haber incurrido en una confusión: una cosa es la idea del Panamericanismo y otra lo que el Panamericanismo ha sido en realidad hasta fecha reciente. La *idea* panamericanista significa la «puesta en valor» del factor geopolítico del continente americano. La *realidad* del Panamerica-

(9) JULIO YCAZA TIGERINO: *Sociología de la Política Hispanoamericana*, «Cuadernos de Monografías», Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1950, página 327.

(10) MORENO QUINTANA: *El sistema internacional americano*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1952, tomo I, parte 2.^a, pág. 128.

nismo ha sido el mando de una nación poderosa sobre otras muchas menos fuertes. Pero entonces, ¿es que la idea panamericanista no ha cuajado? Sobre un simple factor geopolítico al que sólo se añade una forma cultural económico-mercantil, al decir de Barrera Laos, es muy difícil que cuaje cualquier movimiento panista. Los movimientos «panistas», tanto europeos como asiáticos, a cuya sombra nació una falsa idea de Panamericanismo, tenían una explicación histórica plausible. El «panismo» de los otros continentes discernía realidades nacionales, superando fronteras, o dicho de otra forma, el «panismo» europeo o asiático actuaba en vista de un pasado (religioso, cultural o histórico) que los unía, y ¿qué pasado iba a unir a los países situados al norte y al sur de Río Grande? Ninguno, pues desde su nacimiento hasta hoy se aprecian en el norte y en el sur dos procesos de desenvolvimiento totalmente diversos. La prueba es que donde se han dado semejanzas o aproximaciones a los movimientos que luego conoceríamos con el nombre de «panistas» ha sido en el campo del hispanoamericanismo, en donde existen una serie de lazos, presentes en la mente de todos, que facilitan la conjunción. Este aspecto debe destacarse, pues fué España, y ella sola, quien dió a luz esta posibilidad. Porque antes del descubrimiento el patagón no sabía de la existencia del inca, ni el azteca había oído hablar del guaraní. Por eso, la América precolombina, en este sentido, sólo sirve, a lo sumo, de base. Es a España, aspecto en el que no cesaremos de insistir, a la que corresponde, en buena parte, la gloria de un posible florecimiento de conjunción interamericana en pleno siglo xx.

Según esto, ¿es posible una *idea auténtica* de tipo panista en América? Claro que sí; lo que sucede es que esta idea se confronta con caracteres distintos a los de otros continentes. Para nosotros, si los «panismos» europeo y asiático se han realizado en base de un pasado, el auténtico «panismo» americano—digámoslo ya: el Interamericanismo—se confronta en vista de un futuro. Aquí creemos que estriba el matiz que a menudo no se percibe con claridad. Mientras ha sido el pasado el que ha actuado, el movimiento panista americano no ha sido más que simple retórica; pero en cuanto ha empezado a conformarse en vista de un futuro, y acuciados por él, dicha idea panista ha empezado a tener vida hasta llegar a plasmarse en la Carta de la Organización de los Estados Americanos (O. E. A.), Bogotá, 1948, «Carta Constitucional» del Interamericanismo.

Para Cuevas Cancino el vocablo «interamericano» tiene su acta

de nacimiento, pues aunque antes se había usado ocasionalmente, en 1945 empieza a adquirir derecho de ciudadanía. La Unión Panamericana en estudios que publicó en esa época fué una de las primeras en adoptarlo. En tal sentido el Interamericanismo supondría la reunión de disposiciones y de países ordenados al fin superior del bienestar general del continente y del orbe (11), y el propio autor más adelante dice (12) que «si confesar el Panamericanismo antes de Bogotá era mostrar extremada fe, a partir de esta conferencia, la teologal virtud se suplanta con indiscutibles hechos; no ya la esencia, sino la fundamentación jurídica de todo el movimiento será patente». Significativo es el hecho de que las conferencias que se reúnen cada cinco años ya no se llamarán «Conferencias Internacionales Americanas», sino «Conferencias Interamericanas» (13). Por otra parte, léase la Declaración de Panamá de 1956 de los Jefes de Estado de las Repúblicas Americanas: sólo se cita una vez la palabra panamericanismo y en varias ocasiones aparecen el vocablo y la idea interamericanista.

A nuestro juicio, sólo partiendo de este triple enfoque puede comprenderse la realidad interamericana de hoy. «Hispanoamericanismo», «Panamericanismo» e «Interamericanismo» son conceptos diferentes que no pueden ser empleados indistintamente y cuya razón de existencia, aun con una idea común, se deben a causas no sólo distintas, sino divergentes. Diríamos que el «Hispanoamericanismo» es el espíritu que informa las conferencias y tratados celebrados en América en el siglo XIX, concretamente desde 1826 (Congreso de Panamá) hasta 1889 (Congreso de Derecho Sudamericano en Montevideo). La vigencia del espíritu «Panamericano», tal como se ha desarrollado en la realidad, tendría su expresión práctica en las Conferencias Internacionales Americanas celebradas a partir de la primera, que tuviera lugar en Washington en el año 1889. Puede citarse el año 1948 (IX Conferencia Internacional Americana en Bogotá) como comienzo de una concepción «Interamericana» que tiende a una mejor vertebración de la realidad americana. Y no se crea que esta división responde sólo a necesidades teóricas. A menudo, plumas de prestigio han incurrido en el error de considerar a Bolívar padre del Panamericanismo.

(11) FRANCISCO CUEVAS CANCINO: *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas, 1826-1954* (El genio de Bolívar a través de la Historia de las relaciones interamericanas). Caracas, 1955, tomo II, pág. 173. (Segundo Premio en el Concurso continental Panamericano abierto por el Gobierno de Venezuela con motivo de la Conferencia de Caracas.)

(12) Op. cit., pág. 222.

(13) Capítulos IX y X de la Carta de la O. E. A.

Nada más lejos de su pensamiento. Las ideas del Libertador, de clara raíz hispanoamericana, no tienen parentesco próximo con la política panamericana seguida hasta 1948. Otra cosa sería estudiar su influencia en el actual movimiento interamericano, no sólo en las realizaciones a partir de Bogotá, sino en lo que está por venir. Con ello no disminuimos los valores del Panamericanismo. Pero sí sería necesario fijar los límites de contribución al movimiento Interamericano, de lo que nosotros entendemos por «Hispanoamericanismo» y por «Panamericanismo» (14). Sin embargo, este deslinde desbordaría el objetivo del presente esbozo. Quizá en otra ocasión nos ocupemos de ello.—FÉLIX GUILLERMO FERNÁNDEZ-SHAW.

(14) Para nosotros, tanto el «Hispanoamericanismo» como el «Panamericanismo» tienen una valoración concreta. Los creemos perfectamente deslindables. Por eso, no creemos oportuno considerar lo ocurrido antes de 1889, única y simplemente como antecedente de los sucesos acontecidos después de esa fecha. Para SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ todo el siglo XIX no es sino un «Período preparatorio». El «Período definitivo» comienza con la I Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington, 1889, y nos preguntamos, ¿es que desde 1889 a 1948 se hizo algo «definitivo»? (Cf. CARLOS AUGUSTO SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ: *Curso de Derecho Internacional Público Americano*, Editorial Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D. 1943.)